



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



Mc Luhan: el genio y el ingenio

Luis Núñez Ladeveze

A hora que ha muerto no queda ya ningún obstáculo que impida volver a hablar a favor de Mc Luhan. En efecto, un día apareció en la galaxia audiovisual como un deslumbrante meteoro. Al día siguiente se extinguió su luz tal vez por exceso de incandescencia. Hubo un momento en que no era posible hablar de los *media* sin citar a Mc Luhan. Y un instante después no se podía citar a Mc Luhan sin resultar sospechoso de ingravidez intelectual o de reaccionarismo ideológico. Entonces ¿qué? ¿Aprovechar la muerte de Mc Luhan para recitar un panegírico formalista de circunstancias? ¿Desempolvar su obra para hacer un inventario de sus hallazgos y un análisis semántico de sus expresiones ingeniosas? ¿Recurrir a los libros de referencia para describir su biografía y explicar el extraño tránsito desde la crítica literaria a las ciencias de la comunicación? Evidentemente, todo esto puede hacerse, debe hacerse y es justo que se haga. Como cualquier otro protagonista en la historia de las ideas Mc Luhan tiene también reservado un lugar en las enciclopedias y en los manuales. Pero no es esto, con ser necesario, al menos no lo es hoy, lo más importante. Lo que interesa, ahora que todavía su tintero está caliente, es averiguar qué valor tiene, si es que tiene alguno, lo que dijo. Lo que interesa es situar a Mc Luhan tanto ante el éxito desmesurado de los sesenta como ante la conjura silenciosa de los setenta. De ser un genio pasó a ser fenómeno de la moda; a la excitante sorpresa que produjo la aparición de su

pensamiento siguió un no disimulado desdén por sus giros literarios; dejó de ser un filósofo de la comunicación para convertirse en un oportunista retórico. Lo que primero se interpretó como profundidad se tradujo después por esoterismo; la originalidad se tradujo por ingenio; la densidad por apariencia. Aunque nadie, que yo sepa, haya puesto en duda la capacidad expresiva de Mc Luhan, una vez esfumado el impacto inicial comenzó a considerársela primero como un exceso de artificio y después como una maniobra que ocultaba, tras el brillo aparente, la vacuidad del contenido. En la hora de su óbito es obligado confirmar que el mcluhianismo se bate en retirada. Pero este diagnóstico constriñe al intérprete, en el momento de establecer un balance justo, a resolver hasta qué punto se trata sólo de un movimiento de repliegue de signo contrario pero de motivación similar a aquel que lo convirtió en un fenómeno de moda intelectual. En suma, hay que defender a Mc Luhan tanto del macluhianismo improvisado como del antimaccluhianismo que su excesivo ímpetu inicial promovió. En qué consiste la originalidad de su mensaje y cuál es su consistencia, esto es lo que interesa dilucidar y el propósito que anima estas líneas.

El método que seguiremos no va a ser muy ortodoxo. En lugar de proceder a una relectura sistemática de Mc Luhan nos proponemos una reflexión sobre el sentido general de su obra, o, más exactamente, sobre la impresión global que su obra suscita. Confesaré, de entrada, que hasta el momento de exponerme a esta reflexión, me incluía en la actitud menospreciadora. Pensaba que Mc Luhan era un profesor listo que, como otros intelectuales del ambiente americano, un Segal en su extremo más bajo, un Toffler más dignamente, por ejemplo, han sabido obtener rendimiento de un tema. La reflexión me ha permitido modificar sustancialmente la actitud y comprender hasta qué punto era consecuencia de un prejuicio hacia el éxito espectacular. Trataré de explicarme. Porque en el caso de Mc Luhan no se trata solamente de un tema, sino también del lenguaje que lo expresa y de la perspectiva desde la que se enfoca. Perspectiva y lenguaje son los dos aspectos que inciden sobre el tema, y ambos han contribuido igualmente tanto a la exaltada valoración de su obra como a su posterior depreciación. Pero, en términos generales, puede admitirse que su deterioro ha sido consecuencia de una estimación no del todo precisa del conjunto. Hoy día se tiene en cuenta sobre todo el lenguaje, y se piensa que la perspectiva mcluhiana es consecuencia directa de su fuerza expresiva y, por tanto, no tiene valor propio. Si esto fuera

así, las innovaciones conceptuales de Mc Luhan serían sólo efectismos carentes de rigor. Y, ciertamente, es difícil no admitir este planteamiento. Sin embargo, a mí me parece más cierto el juicio contrario, aquel que considera que el lenguaje mcluhiano es producto de la perspectiva, del planteamiento, a veces un producto demasiado brillante cuyos árboles no dejan ver el bosque, a veces un producto demasiado etéreo cuyas sombras no dejan siquiera percibir los árboles. La verdad es que actualmente es difícil hablar de temas de comunicación de masa sin utilizar, como referencia negativa o positiva, los conceptos de Mc Luhan. Negativamente, porque los conceptos de Mc Luhan no son precisos y son más brillantes que concretos. Positivamente, porque es preciso utilizarlos y entrar en controversia, consciente o inconsciente, con el original. Entonces, Mc Luhan resulta curiosamente paradójico: es un hábil creador de temas, de sugerencias, de incitaciones, a las que da respuestas brillantes, literarias, retóricas, que es preciso —y de hecho así ocurre— tener en cuenta normalmente para precisar su vaguedad, superficialidad o aleatoriedad. Pero lo que queda, en definitiva, es la aportación del tema, y el tema mcluhiano es la nueva perspectiva con que se enfoca un objeto que hasta entonces había sido insuficientemente atendido. Por muy superficial, literario y caprichoso que sea el lenguaje mcluhiano, no es superficial ni literario ni caprichoso el tema que trata ni la perspectiva desde la que lo trata.

Oculto tras la cita

¿Es que nadie ha tratado la cuestión del «medio de comunicación» hasta Mc Luhan? ¿Es que nadie se interesó por la escritura, el alfabeto, la imprenta, la visualidad, la iconicidad, etc., hasta Mc Luhan? Bueno, la verdad es que resulta difícil evitar la impresión de que Mc Luhan es, comparado con Cohen o Berger, un mero aficionado a los temas de la escritura; lo que sabe de la imprenta no puede compararse con exposiciones como las de Audin o Dupont; sobre análisis iconológico está muy por debajo de las aportaciones estructurales y semiológicas desde Mukarovsky a Lotman; carece, además, de una base lingüística suficiente; desconoce la filosofía del lenguaje y, a pesar de ser un profesor de literatura, sus conocimientos de retórica clásica no parece que sean muy profundos. En cuanto a la ciencia gramatológica las aportaciones de Gelb o las reflexiones de Derrida son indudable-

mente más coherentes y profundas. En todos estos aspectos, que, no obstante, son tratados promiscuamente en su obra, Mc Luhan es un ensayista aficionado, brillante e ingenioso, pero también paradójico, caprichoso y deletéreo. Quedan, sin embargo, intuiciones formuladas casi axiomáticamente, que desafían no sólo al lector, sino también al investigador y que suscitan el reto de la discusión y la necesidad de someterlas a prueba, aunque sea para negarlas, corregirlas o superarlas: el medio es el mensaje; los medios son extensiones sensoriales; la retribalización global; la periodización de la historia a través del medio; el fin de la era Gutenberg. Lo que interesa destacar es sobre todo esto: si el asunto es así, si no es posible tomar su obra en serio ¿por qué tanto trabajo en censurarla, en condenarla? ¿Sólo por demostrar lo obvio: que su éxito inicial era desmerecido y precipitado? Pero Mc Luhan obliga a tomar en serio sus temas y su enfoque. Y esto es, en definitiva, lo que permanece.

Y ¿cuál es la cuestión? Escrito un poco prosopopéyicamente, Mc Luhan ha montado un observatorio inédito desde el que enfocar la historia humana, y este observatorio no es estéril, sino productivo y enriquecedor: es adecuado para aportar nuevos conocimientos, para fundamentar un nuevo lenguaje, para arriesgar nuevos juicios. Ese enfoque es el aportado por el concepto de «medio de comunicación». Hasta Mc Luhan el medio de comunicación era un instrumento tecnológico cuyos efectos sociales debían ser estudiados. Lo que interesaba, por tanto, eran los efectos de los medios, hasta el punto que la preocupación por los efectos impedía el interés por los medios. Las preguntas pertinentes eran del tipo: ¿los medios de comunicación social refuerzan las pautas de comportamiento? ¿Son o no causa de disfunciones sociales? ¿Introducen diferencias culturales entre tipos de públicos? ¿Están los públicos sometidos a la acción de los medios? En definitiva, los medios eran juzgados a través de sus presuntos efectos, aunque, paradójicamente, nadie poseía el sistema que pudiera probar si una conducta social era o no producida por un medio o, en el caso afirmativo, medir hasta qué punto lo era. Mc Luhan arremetió contra estas simplificaciones cuajadas de estadística vacua y volvió la oración por pasiva: lo importante no es juzgar los medios a través de sus efectos sociales o culturales (entre otras cosas porque la relación medio/efecto no es nada clara, y no es siquiera seguro que se pueda establecer entre ambos términos una correspondencia adecuada). El medio tiene un valor en sí mismo. Lejos de ser un instrumento cuyos efectos puedan ser

medidos son parte del entorno a través del cual medimos ciertos efectos. Los medios son más instrumentos de medición que artilugios que deban ser medidos. Pero no son sólo instrumentos, la analogía no es exacta. Lo que interesa es el concepto de «medio» a partir de la comunicación humana. Mc Luhan no dice, pero es algo implícito en su planteamiento, algo que un tratamiento sistemático y riguroso de su propio modo de pensar debiera haber puesto más explícito: que si la comunicación es el acto propio del hombre, el medio de comunicación es un elemento que siempre está presente en cualquier comunicación humana. Por tanto, no se puede plantear el tema de los medios como el de un rasgo peculiar de una sociedad peculiar, la sociedad postindustrial, por decirlo con la expresión de Daniel Bell. Si el medio está siempre presente en la comunicación humana entonces una historia de la comunicación humana es necesariamente también una historia del medio de comunicación. Si se nos permite una expresión muy distante de las paradojas McLuhianas, podríamos arriesgar esta fórmula: el medio es un concepto sincrónico con diferentes manifestaciones diacrónicas.

El cuerpo del medio

El concepto de «medio» es sustantivo en la historia del hombre y no el adjetivo de un momento dado de la historia. En consecuencia, es posible estudiar y describir una historia de la evolución humana a través del medio de comunicación. Entonces resulta que el «medio» no es un producto de una tecnología dada, la tecnología industrial: la rotativa, la televisión, el cinematógrafo, la radio... Estas no son más que manifestaciones tecnológicas concretas cuyos efectos, en tanto medios, no en tanto artilugios, son mucho más profundos que lo que una muestra estadística o un panel para la investigación de audiencias puede mostrar. Lo que interesa es el modo de ver qué adquiere el hombre cuando utiliza estos instrumentos, extensiones tecnológicas de sus sentidos; y no si los contenidos que estos medios transmiten, sus mensajes anecdóticos o causales, producen tales o tales efectos. Mc Luhan, en este punto, tal vez, deslumbrado por su propia perspectiva, menosprecie en demasía el contenido transmitido, desprecie injustamente el mensaje. Pero, en compensación, descubre que el medio impone un cierto modo de mirar, es parte del entorno o del ambiente a través del cual se juzgan, se analizan, se estudian los

significados. Naturalmente, esto no tiene nada que ver, a pesar de que más de algún comentarista lo ha visto así, con un presunto «formalismo» o, incluso, kantismo. El medio ni es forma, ni es signifiante, ni es categoría. El medio —pero Mc Luhan ciertamente no lo dice así— es un elemento del proceso de comunicación al cual no se había tenido en cuenta. Y puede ser estudiado de una manera autónoma, al margen de otros elementos concurrentes. Es más, puede servir para estudiar el modo de comunicación. Pero es además el elemento que podemos llamar tecnológico. De modo que si el hombre es *faber*, y si la civilización comienza a separarse de la naturaleza a través de la técnica humana, del hacer objetos, el medio es, en definitiva, el elemento tecnológico de la comunicación.

Como tecnología del pensamiento los medios son prolongaciones externas y artificiales de la máquina humana. Como toda tecnología nos aleja de la naturaleza, pero como todo sentido nos aproxima a ella. De modo que la acción del medio puede pensarse que es contradictoria: es su tesis y su antítesis simultáneamente. Esta extraña dialéctica conduce a un sorprendente rusionianismo: el hombre original era el hombre tribal, el hombre natural, el hombre prealfabético en contacto directo con la naturaleza, no alienado por las artificiales extensiones de la tecnología de la mediación; el hombre alfabetizado cuya culminación es el gutenberiano es un ser artificial distanciado de la naturaleza a través de la lialidad visual y abstracta de la escritura. Pero el hombre electrónico vuelve, a través de la mediación icónica audiovisual, al espacio acústico original, restableciendo la unión primitiva y natural. El medio es el instrumento del reencuentro con la inocencia perdida. En suma, el medio es el elemento que expresa el progreso de la comunicación. Por tanto, si se dice que la televisión es un medio, debe decirse por congruencia con la noción que se utiliza que la imprenta es un medio; y si la imprenta es un medio de comunicación, una tecnología para la comunicación, entonces también lo es la escritura; y si la escritura lo es, lo será el alfabeto; y si lo es el alfabeto, lo serán las modalidades prealfabéticas. La afirmación de que el alfabeto es una tecnología no parece, desde este punto de vista, una expresión arriesgada ni un *slogan* llamativo, es consecuencia de un punto de vista, de una perspectiva que ha tenido como máximo pecado el de tomar en serio y hasta sus últimas consecuencias la noción de «medio de comunicación». Mc Luhan comete ese pecado. Pero sus fundamentos filosóficos, sus conocimientos científicos, no están preparados para afrontar

con rigor la rigurosa tarea a la que se entrega. De aquí la vulnerabilidad de sus fórmulas. El desequilibrio entre la tarea que se propone y los recursos metodológicos de que dispone queda recubierto por su fuerza expresiva, por su lenguaje, por su capacidad para el retruécano, la imagen, la metáfora y una tan encantadora como anárquica erudición.

En fórmula mcluhiana podría decirse que para Mc Luhan es más importante comprender el medio como mensaje que comprender los mensajes que el medio promueve. Los cambios de medios de comunicación aportan interrupciones de la sincronía histórica, modificaciones del modo colectivo de pensar, percibir, juzgar y sentir. Linealidad, visualidad, escrituralidad, iconicidad son modos a través de los cuales el sujeto afronta el tema reiterado de la naturaleza. Estas no son categorías kantianas, trascendentales, apriorísticas, ni son formas o significantes a cuyo través el hombre se posesiona de significados. Porque el medio no es signo sino concurrente con el signo, ni es categoría intemporal puesto que es tecnología que se hace en la historia y en la historia se deshace. Pero ¿qué tipo de dinámica histórica introduce el medio? ¿Un medio sustituye y reemplaza a otro medio? Mc Luhan se ha dejado llevar muchas veces de sus intuiciones, ha insistido demasiado en la ruptura que los medios introducen en la historia y no se ha detenido a pensar en la posible pervivencia de los medios preexistentes. Pero a veces lo hace y entonces es claro, y bastarían algunas de sus observaciones para comprender hasta qué punto su perspectiva puede ser fecunda utilizada, sobre todo, como arma crítica contra sus propias tesis: «Sería un error suponer que la tendencia de la cultura hacia lo oral y acústico significa que el libro se está volviendo obsoleto. Significa más bien que el libro, al perder su monopolio como forma cultural, adquirirá nuevas funciones.» Esto no es exactamente lo mismo que anunciar a través de la imprenta el fin de la Galaxia Gutenberg. Pero es una propuesta interesante para comprender el futuro del libro como medio de comunicación. Por otro lado, veamos: ¿Mc Luhan contra Gutenberg? Pero ¿es que no se ha comprendido que Mc Luhan es Gutenberg? Hace algún tiempo un importante periódico —creo recordar que fue *The Times*— dedicó una página completa a un retrato de Gutenberg en el que hacía un corte de mangas a Mc Luhan. ¿Pero es que Mc Luhan —como le objetó Mc Donald, uno de sus críticos más severos—, conciencia implacable de la letra impresa, ha hecho otra cosa que escribir? ¿Es conocido por alguna obra audiovisual? ¿Cuáles son sus

producciones cinematográficas, sus realizaciones televisuales, sus emisiones radiofónicas? Si es cierto que el medio es el mensaje ¿cuál es el mensaje de Mc Luhan sino su medio escrito? En realidad Mc Luhan es el Gutenberg que se resiste a morir y que profetiza su defunción como remedio de supervivencia. Entender en este aspecto, como en tantos otros, a Mc Luhan no es fácil. La palabra que mejor le identifica es la de «sugereute». Mc Luhan es sugereute. Descubierta el planteamiento, e incapaz de explotarlo, su impotencia se derrama en un discurso lleno de contradicciones, paradojas, trucos literarios y estilísticos, formas retóricas y temores masoquistas expresados como vaticinios. Sus fórmulas son sólo invitaciones al pensamiento y a la reflexión. Es tan sugereute y confuso cuanto ha escrito que bastaría con simplemente limitarse a poner en orden, a puntualizar, a ilustrar o desmentir cualquiera de sus quebradizos dogmas para resultar con ello intelectualmente productivo. Por eso hay que saber leer a Mc Luhan. Hay, como a cualquier otro pensador intuitivo e inspirado, que defenderle de sí mismo, de sus fantasmas y de sus convicciones. Y para eso ningún instrumento mejor que la crítica. Y cuanto más despiadada, más eficaz el instrumento.

L. N. L.

BIBLIOGRAFIA

- The mechanical bride: Folklore of industrial man* (1951). The Vanguard Press, Nueva York. *La novia mecánica* (1967). Paidós, Buenos Aires.
- Report: project on understanding new media* (1960). National Ass. of educational broadcasters.
- The Gutenberg galaxy: the making of typographic man* (1962). Univ. Toronto Press. *La galaxia Gutenberg* (1969). Aguilar, Madrid.
- Understanding media. The extensions of man* (1964). McGraw Hill, Nueva York. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre* (1969). Diana, México.
- The medium is the message: an inventory of effects* (1967). Bantm books, Nueva York. (Con Quentin Fiore.) *El medio es el mensaje* (1967). Paidós, Buenos Aires.
- War and peace in the global village* (1968). Bantam-Mc Graw Hill, Nueva York. (Con Quentin Fiore.) *Guerra y paz en la aldea global* (1971). Martínez Roca, Barcelona.
- Counterblast* (1969). Harcourt, Brace, Nueva York. *Contraexplosión* (1971). Paidós, Buenos Aires.